

Sr. Plinio Chahín
Semblanza del galardonado

JOSÉ MÁRMOL Y LA TRAYECTORIA DE UNA PASIÓN

Tengo la firme convicción de que la literatura es un diálogo y un encuentro con el otro y con nosotros mismos. Un diálogo que ilumina y funda al ser a través de la palabra. La palabra que posibilita el diálogo, real o imaginario, entre los seres humanos.

“Al propio José Mármol (Santo Domingo, 1960), agudo pensador, excelso poeta y conversador de los mayor fruición por las ideas y las palabras, así como tremenda exquisitez y brillante agudeza, le gusta repetir aquella expresión de Goethe que reduce el sentido de la literatura al pretexto para la sustentación, de un diálogo entretenido y fértil, una conversación sin más.

“Escribir acerca de José Mármol es momento oportuno para expresar mi interés y admiración por la inmensa vocación y la fructífera trayectoria de un escritor, por demás, entrañable amigo, que, como muy pocos en nuestro ámbito cultural, asumió la literatura, desde un principio, en una perspectiva hondamente vital, irrefutablemente existencial, de trascendente valor humano y con una seriedad abrumadora, radical, sin ninguna suerte de ambages ante la preeminencia del lenguaje en el oficio de escribir.

“Nos conocimos en 1980. Eran los inicios del Taller Literario “César Vallejo, fundado en mitad de 1979 por el poeta Mateo Morrison, director de la entonces Extensión Cultural de la UASD. Ambos empezamos la carrera de Ciencias Jurídicas y, por fortuna o por desgracia, nadie lo sabrá jamás, ambos decidimos cambiar de carrera: el optó por estudiar Filosofía y yo opté por la carrera de Letras, habiéndonos graduados ambos unos años después en la Facultad de Humanidades de esa misma universidad. Eran tiempos difíciles, llenos de privaciones, pero, también de optimismo, resistencia y unas intensas ganas por vivir la vida a como diera lugar y exprimirla con entusiasmo delirante en la duración de una noche o en la génesis simbólica de un poema, un ensayo, un artículo crítico de ocasión.

“Leíamos, escudriñábamos, esbozábamos nuevas teorías acerca de lo canonizado, derruíamos las bases de lo consabido y cuestionábamos con juvenil impiedad, pero en forma responsable y sesuda, la *doxa* y la presunción cientificista de múltiples y cambiantes teorías de lo literario

sustentados por las generaciones poéticas o literaturas precedentes de allende los mares y del patio. En ese ambiente, a veces muy insolidario y severamente cáustico desde el punto de vista social y humano, minado por figuras egolátricas, que salvo valiosísimas excepciones, miraban a la muchachada esteticista de soslayo y la juzgaban con desprecio apodíctico; en ese ambiente, el mismo que, paradójicamente, acrisoló la idea de lo colectivo como destino de la historia, del apetito por compartir lo poco que se poesía y lo mucho que se leía; en este ambiente de las utopías en mangas de camisa y la clandestinidad contra la intolerancia rapaz del poder fáctico, en este contexto y en su tiempo descubrí el singular valor humano y el profundo e inquebrantable amor por la literatura que todavía hoy caracterizan a José Mármol”.

De igual modo, pude descubrir su generosidad y apoyo a los poetas de nuestra generación. Generación ochentista que él mismo bautizó, delineando sus principios teóricos, y que él mismo, a partir de esos años, empezó a liderar.

Una cualidad que retrata lo esencial del poeta, filósofo y crítico que hoy nos congrega es su elevado sentido del pensar y el preponderante papel que ese espíritu insaciablemente curioso y reflexivo ha desempeñado en el decurso de nuestras letras nacionales.

Durante los últimos treinta años, José Mármol, ha venido desarrollando una intensa labor artística y literaria, que abarca la poesía, el ensayo, el aforismo y el fragmentarismo breve y reflexivo. Lo mejor de esta poética, parte, precisamente, de estas reflexiones.

Poesía inteligente, sino simplemente intelectual. Lo abstracto en ella (como cuando se habla de pintura) está lejos de todo simbolismo conceptual. Ya en uno de los poemas iniciales de su primer libro *El ojo del arúspice*, publicado en el año 1984, José Mármol dice:

“Me suplicas que acabe de lanzarme al vacío. / Ese ardor, es cielo nublado, de aguacero. /Es de horror el instante, aunque no acontezca nada”.

Aun me pregunto si lo que Mármol quiere revelar no es, en definitiva, una materialidad original, más pura o más real, no una mera significación de esa materialidad. La poesía de Mármol ¿no será el intento por encontrar la

auténtica pasión, por hacer que esa búsqueda rescate su fundamento inicial? ¿O se tratará de algo todavía más radical y desmesurado, como en toda la poesía contemporánea: hacer que la carencia de esta alegoría esencial, contrariando toda casualidad, sea la que “origine” el deseo, y lo invente y al inventarlo lo haga de nuevo original? De ahí que la obra poética de Mármol se presente como una indagación ontológica, no sólo de las cosas, sino, también, de lo que rige a las cosas. Lo sensible y lo inteligible.

Se trata, más bien, de la concentración de todo sentir que, por ello mismo, se convierte en una visión (“Voy de lo soñado a lo vivido”); esta visión busca transparentar lo visible. Es, también, por tanto, una forma de imaginación (“Voy de lo imposible a lo imposible, sin encontrar rastro siquiera de que he sido”). Además, es un modo de conocimiento interior, de autocontemplación, espejo de sí mismo y del mundo.

Desde la publicación de su primer libro de poesía, “El ojo de arúspice”, en 1984, pasando por “Encuentro con las mismas otredades 1 y II”, “La invención del día”, con el que obtuvo el Premio Nacional de Poesía “Salomé Ureña”, en año 1987, “Lengua de paraíso”, que fue galardonado con el Premio de Poesía Pedro Henríquez Ureña 1992, “Deus ex machina”, libro que recibió simultáneamente los premios Casa de Teatro 1994 y el Accésit del Premio Internacional “Eliseo Diego” 1994, de la revista “Plural”, perteneciente al diario “Excelsior” de México, “Criatura del aire”, publicado en 1999, hasta “Torrente “Sanguíneo, con el cual obtuvo, nuevamente, el Premio Nacional de Poesía “Salomé Ureña” 2007, incluyendo el más reciente libro “Lenguaje del mar”, publicado por la prestigiosa editorial española Visor, y con el que obtuvo el XII Premio Casa de América de Poesía Americana, José Mármol llega a resumir su visión del poema y la literatura como un espacio del pensamiento, y, asimismo, se consolida como uno de los poetas dominicanos más difundidos a nivel internacional, inaugurando con este acontecimiento sin precedentes en nuestro país, una nueva y promisoría etapa en su ya dilatada carrera literaria.

La poesía de este autor bien puede ser la más intensa de su generación. Dotada de un vigoroso lirismo espiritual, esta obra se define como la poética del pensar, que se explora y da cuenta de lo que encuentra o pierde pero, lo hace con una osadía formal pareja a la audacia de las emociones, una exaltación lírica hecha con un lenguaje transparente y sensual.

Llega, incluso, a resumir su visión desde el punto de vista filosófico como un acto de reflexión lingüística y de invención simbólica. Un poema, es, dice José Mármol, una manera concreta de organización del mundo y de la vida, es decir, una forma de pensar y de escribir. De ahí que la poesía del pensar sea incisivamente interrogativa, pues, pensar significa heideggeriamente hacer preguntas coherentes y profundas, antes que ofrecer respuestas apodícticas y arrogantes. Pensar quiere decir fundar en el lenguaje los atributos esenciales del conocimiento y compartir con la imaginación y con la sensibilidad la intuición desdichada de la vida. Esta percepción hace que un poema no sólo signifique, sino que “sea” autoconocimiento y reflexión.

Para nuestro poeta, todo problema—poético o filosófico, pero también el más cotidiano—se vuelve un problema lingüístico, un problema ontológico.

Si el lenguaje, por una parte, pierde su fundamentación, se convierte, por otra, en la fundamentación de todo. En el pensamiento moderno—podría decirse--, el lenguaje sustituye a la verdad. De igual modo, en la poesía moderna, el lenguaje sustituye la realidad.

Tal situación central del lenguaje no conduce, como podía creerse, la confianza total de este autor. Al contrario, Mármol comienza su obra interrogándolo, reflexionando sobre su `poder o eficacia. Por una parte, su objetivo es llevar al lenguaje a su máxima posibilidad expresiva; por la otra, el mismo Mármol tiene conciencia no sólo de la máxima imposibilidad de lograrlo, sino el equívoco que expresa que encierre la expresividad misma.

En uno y otro caso, su actitud es crítica. En su búsqueda de una máxima posibilidad expresiva, lo que Mármol intenta es crear otro lenguaje: una alquimia verbal o una magia evocadora y expresiva de la experiencia radical del ser.

El lenguaje en Mármol, no sólo su rigor o su precisión es lo que cuenta; lo que quizás más cuenta es el hecho de mostrarse como lenguaje. Con él, y no es poco el hallazgo, la lengua recobra sus poderes: sin caer en la transgresión, renovar continuamente la piel del lenguaje para así articular una nueva experiencia del mundo. La riqueza de este poeta es ciertamente un universo sórdido. Pero esa riqueza verbal no reside en la abundancia léxica, en la voracidad sustitutiva, o no reside sólo en ellas. La preside un ideal de equilibrio: la intensidad que se vuelve proporción; fórmulas concisas, aun incisivas; ascetismo, pero nunca la desmesura, mucho menos el abuso retórico.

Por ello las imágenes en esta obra nunca se extravían en la extravagancia; su misterio no excluye la exactitud de la formulación verbal. El que tienda a la sensorialidad más que a la atracción les confiere un carácter no menos intenso: hacer del mundo un signo mental que nos devuelva un ritmo. Son imágenes que buscan no tanto describir o realzar la *physis* del objeto como modularla en un espacio a la vez real y virtual. En un poema de su libro “Deus ex machina”, titulado Arte poética, Mármol habla de la epifanía del deseo. Sin recurrir a juegos verbales o malabarismos expresivos, logra crear igualmente la maravilla y la desarticulación de un sentimiento cósmico. Sin recurrir tampoco a la interrogación del arte y la naturaleza: “La palabra me piensa, me abraza, me consume. Hace fiestas, exorcismo de formas, colores y sonidos.... La palabra es el tiempo, es el hombre, el culto a lo vencido, lo táctil, lo insondable. La palabra es mi antorcha, mi destino, mi pecado”.

Es obvio que esta obra se nutre de un conocimiento erudito. Sólo que no el simple resultado de él. José Mármol sabe desdibujar y concentrar, sincretizar: por ello su lenguaje tiene la ambivalencia de lo inédito. No hace arqueología poética ni se deleita en elaboraciones preciosistas. El santo, dios, el poeta, el amor, el deseo, la soledad, la mujer y el antihéroe son sus grandes paradigmas, como en Baudelaire.

La visión que él mismo despliega no es expansiva ni horizontal (puramente histórica); es una visión en profundidad: confrontación directa, sin mediación, con lo esencial, con lo que de alguna manera ha sido inesencial en la historia, sobre todo en la historia contemporánea. Esa visión explora lo más cotidiano del hombre: las cosas que lo rodean y su propia existencia, es decir, las simples experiencias de la vida. Pero lo cotidiano, sin dejar de serlo, es igualmente primordial, original.

En una obra tan híbrida y tan rica como la de Mármol, la utopía de la inocencia y de la reconciliación no es nada raro, y hasta puede ser previsible: funciona como el pasaje de la realidad del deseo, como la proporción entre el medio y el fin, como ese punto (¿alquímico?) en que todos los contrarios se fusionan y resuelven en una unidad mayor.

Misteriosa virtud ésta de reavivar, en el vértigo de la escritura, los abundantes pliegues de una tradición poética y que, al mismo tiempo, vibre sobre ella el timbre de una voz propia. La búsqueda que Mármol ha emprendido de sus orígenes—el poético y vital—le ha acarreado la

recompensa de la innovación, y el intercambio simbólico del comienzo de una nueva tradición.

Una recompensa ambivalente, pues la innovación poética suele ser una carga excesiva, saturada de responsabilidades, a las gratificaciones simplonas de la virtud (o el virtuosismo) o la excesiva explotación de una cantera temática y lingüística. No son muchos los poetas conscientes de que el trofeo de la innovación sólo es accesible por el esfuerzo; de que el talento lo dispensa la disciplina, esa musa fea que permite al poeta verdadero no perder la propia voz en el balbuceo o en el coro circundante.

Es curiosa la lealtad de Mármol por unos registros tan congruentes con la tradición de la lírica dominicana moderna de arraigo paisajístico (desde los vacíos sertones fronterizos de Manuel Rueda a los trópicos negros de Manuel del Cabral) y a la vez, hoy tan apartados de una inmediatez que ha descartado la posibilidad del paraíso. Una vertiente de la generación nacida en las postrimerías abrileñas de postguerra (René del Risco Bermúdez, Alexis Gómez Rosa) se topa si acaso en las ciudades con pequeños paraísos de cascajo, paisajes diminutos cargados de revelaciones, perdidos entre los tristes tinacos y tendederos de las ciudades monstruosas, siempre en presente, muchas veces con desgarros de ironía. Mármol, por su parte, persiste, (sobre todo a partir de sus libros, “Premisas para morir. Aforismos y fragmentos” (1999) y “Maravilla y furor. Aforismos y fragmentos” (2007), y en sus ensayos críticos y filosóficos, “Ética del poeta”, “Cansancio del Trópico”, “Las pestes del lenguaje”, “El placer de lo nimio”, “La poética del pensar y la Generación de los Ochenta” (2007), “Defensa de la poesía: defensa de la vida”(2012), entre otros), en la navegación de una naturaleza que no es solamente metáfora del mundo o inventario del edén, sino interlocutora viva de la realidad, sede elemental de pulsiones vitales con sus alegrías y tragedias, materia prima ante la que se pregunta “¿cómo podría permanecer impávido?”

El suyo es un lenguaje no para guardar ideas, sino música como idea, capaz de extraer del tiempo mítico objetos secretos y revelaciones insospechadas. Una melodiosa materia verbal que concelebra con el lector, asediado por insistentes vocativos. Una voz que es treno funeral, que salta a cosas suntuosas para luego desbaratarlas en tono menor, murmullos apenas, pedacería disonante. Estos cambios de tono y volumen parecen adecuarse al hecho de que Mármol es un poeta que salta entre sus diferentes edades y en

los personajes que lo observan en esas edades diferentes. De pronto la voz es la de su padre que habla desde su “regazo caluroso”, luego el himno de su amada Soraya, el balbuceo de un amigo de infancia o la dolorosa canción de las ramerías. “Era un portento de letal concupiscencia. El deseo, pienso, la lujuria, quizás, mecidos en el hueco suspendido de la sed”.

Esta confesión nos revela que el erotismo no le es extraño al poeta, y que Mármol es muy sensible a su presencia, tanto como fantasía o como carencia. Quizá hay otra vía para captarlo: no como un deseo por enunciar, ni siquiera como algo que está fuera, y que debemos de incorporar a nosotros, sino como ese espacio que nos seduce y disuelve en él. De ahí la necesidad de compartir flujos. Identidad, pero no posesión, sabiduría, pero no conocimiento. Lo que en Mármol es el goce del Otro puede transfigurar lo material y lo inmaterial, lo concreto y lo virtual. Es sobre todo un ritmo (el ritmo de las aguas del mar, que suben o bajan por las olas trepidantes del deseo y la fascinación), un dinamismo en el que la vida entera participa recobrando intensidad y fruición.

¿No es la búsqueda de lo dramático a través del “juego” mismo y no a través de lo patético? Ni el “juego” ni el “placer” excluyen el rigor: no el rigor meramente externo del estilo, sino el que hace de la libertad una necesidad. Así, Mármol trata indistintamente su experiencia erótica como una experiencia verbal, o ésta como si fuera aquella. El lenguaje y el erotismo son aquí una sola y misma cosa. José Mármol trata el lenguaje no sólo como una materia erótica, sino, además, como los mejores simbolistas, busca ese punto alquímico en el que la palabra, sin dejar de ser signo tradicional, alcanza su metamorfosis gracias a la lucidez de la pasión, que hace de lo cifrado y lo hermético una claridad profunda, o una profunda claridad, aun (ir)radiante.

Se trata de escribir, como diría Braulio Arenas, “el nombre mágico que conciliará amor y vida, de una vez para siempre”. Para escribir ese “nombre mágico” nuestro autor no llega, sin embargo, a violentar el lenguaje; le basta con “trans—escribirlo”, transfigurarle, metamorfosearlo. Esta metamorfosis verbal, el lector percibe que corresponde a la metamorfosis del amor mismo y así, desde tal perspectiva, su lectura se convierte a un tiempo en participación y distancia, en placer y lucidez.

“Me uno, pues, al júbilo de Soraya, Yasser y Alberto, esposa e hijos de José Mármol, por demás, cómplices de sus exploraciones creativas y filosóficas, así como al goce de todos aquellos que hemos tenido la suerte de compartir

el paso por la vida con uno de los hombres que a mí, al menos, y me siento premiado con ello, me ha demostrado la utilidad dialógica, conversacional y amena de la literatura, yo que creí siempre en su inutilidad visceral; pero, que sobre todo, me ha dado a conocer el más fraterno y franco sentido de la amistad”.